


EL CLUB

OTRO MISTERIO PARA EL DETECTIVE JACKSON

L. J. SELLERS

amazon crossing 

EL CLUB

L.J. SELLERS

TRADUCCIÓN DE ANTONIO IRIARTE

amazon crossing 

Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Título original: *The Sex Club*

Publicado originalmente por Thomas & Mercer, Estados Unidos, 2013

Edición en español publicada por:
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Diciembre, 2015

Copyright © Edición original 2005 por L.J. Sellers
Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2015 traducida por Atona Víctor Igual, S.L. (Antonio Iriarte)
Diseño de cubierta por Run, Barcelona

ISBN: 9781503953444

www.apub.com

ÍNDICE

[ELENCO DE PERSONAJES](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)

[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)

[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)
[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)
[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)
[CAPÍTULO TREINTA](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y DOS](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y TRES](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y CINCO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y SEIS](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y SIETE](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y OCHO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE](#)
[CAPÍTULO CUARENTA](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y UNO](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y DOS](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y TRES](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO](#)
[ACERCA DE LA AUTORA](#)

ELENCO DE PERSONAJES

WADE JACKSON: veterano inspector de la unidad de crímenes violentos.

KERA KOLLMORGAN: enfermera del Centro de Planificación Familiar.

KATIE JACKSON: hija del inspector Jackson.

ROB SCHAKOWSKI (SCHAK): policía, miembro del equipo especial.

ED MCCRAY: policía, miembro del equipo especial.

LARA EVANS: policía, miembro del equipo especial.

MICHAEL QUINCE: agente de policía.

DENISE LAMMERS: sargento de la policía, superior jerárquica de Jackson.

ROBERT ZAPATA: policía del departamento de personas desaparecidas.

SOPHIE SPERANZA: periodista.

RICH GUNDERSON: médico forense.

JASMINE PARKER: técnica forense.

HILLARY AINSWORTH: médico forense de Portland encargada de realizar autopsias.

VICTOR SLONECKER: fiscal del distrito.

JIM TRANG: ayudante del fiscal del distrito.

JESSIE DAVENPORT: adolescente víctima de asesinato, miembro del club.

JUDY DAVENPORT: madre de Jessie.

RUTH GREINER: antiabortista, pone bombas.

RACHEL GREINER: hija de Ruth, amiga de Jessie, miembro del club.

NICOLE CLARK: chica adolescente, miembro del club.

ANGEL STRICKLAND: chica adolescente; miembro del club.

OSCAR GRADY: delincuente sexual.

MILES FIELDSTONE: alcalde de Eugene.

JANICE FIELDSTONE: esposa del alcalde.

TRINA WATERMAN: periodista de televisión.

CAPÍTULO UNO

Martes, 19 de octubre, 9:32 a.m.

—Ya puedes vestirte, luego charlaremos un poco más.

Kera le sonrió brevemente a la chica y salió de la consulta. Jessie, si ese era su verdadero nombre, afirmaba tener dieciséis años, pero Kera sospechaba que era menor, quizá no pasara de los trece o catorce. Era una muchacha esbelta, con los pechos pequeños y la piel perfecta de quien todavía no ha desarrollado del todo su cuerpo adulto.

Kera se demoró un rato en el pasillo de la clínica y anotó unas observaciones en la ficha de Jessie: «Verrugas genitales (VPH) en los labios menores, tratadas con nitrógeno líquido». Sin duda alguna su paciente era sexualmente activa, pero no se apreciaba ninguna señal de violencia o malos tratos. Aun así, su edad hacía que Kera se preguntara si el sexo sería de veras consentido. En ocasiones, tenía que ir con pies de plomo para respetar la privacidad sexual de una paciente sin por ello pasar por alto la existencia de una situación potencial de abuso. Le haría unas cuantas preguntas de tanteo para asegurarse de que Jessie mantenía relaciones mutuamente consentidas.

Kera le dejó a la niña tiempo de sobra para vestirse y luego golpeó suavemente en la puerta y volvió a entrar en aquel cuarto sin ventanas. En ese espacio de dos y medio

por tres metros se hacinaban una camilla, un mueble lavabo, un taburete con ruedas y una silla tapizada de negro. Las paredes de color crema pálido no conseguían hacer que la habitación pareciese más grande.

—¿Cuánto hace que eres sexualmente activa, Jessie? —preguntó Kera, sentándose en el taburete.

—Hace ya tiempo —la chica se apartó el alisado pelo rubio de los hombros y la miró desafiante—. ¿Por qué?

—¿Alguien te está obligando o presionando para tener relaciones sexuales?

—No —Jessie puso los ojos en blanco.

—Este es un lugar seguro para hablar de tu sexualidad. Cualquier cosa que digas aquí es confidencial.

Los ojos grises de la niña relampaguearon con irritación.

—Ya he dicho que no me presiona nadie. Me gusta enrollarme.

—¿Usas anticonceptivos? —sus preguntas eran tan rutinarias que Kera a veces se sentía más como una camarera que como una sanitaria.

La chica se encogió de hombros:

—A veces usamos condones.

Su empleo del plural hizo dudar a Kera.

—¿Has tenido más de una pareja?

Fue Jessie la que vaciló entonces.

—Nicole me dijo que no tenía por qué hablar de ellos.

Kera advirtió ese uso del «ellos», pero también le llamó la atención la referencia a «Nicole». La semana anterior, había atendido a otra niña con verrugas genitales, quizá se llamase Nicole. A Kera la irritó no estar del todo segura de su nombre, veía a tantas muchachas, muchas veces una sola vez y apenas unos veinte minutos, que su despiste era comprensible. Aparecían, se llevaban la píldora o un antibiótico y seguían su camino. En general, Kera era consciente de la importancia de su labor, pero le habría gustado tener más pruebas de que así era en los detalles cotidianos.

—No tienes que hablarme de tus parejas sexuales si no quieres, pero a ellos sí que tienes que contarles que tienes las verrugas genitales. Es muy importante que reciban tratamiento para que no vayan contagiando a otras personas.

—De acuerdo, se lo diré.

—¿A qué colegio vas?

Jessie volvió a titubear:

—Al Instituto Spencer.

Kera dudó de que fuese cierto, pero Spencer estaba a solo una manzana de la escuela Kincaid y eso, repentinamente, le pareció más probable, pero también un tanto inquietante: la niña a la que había atendido hacía una semana era alumna de Kincaid. Y apenas hacía dos meses, una chica de catorce años, también de esa misma escuela, había acudido en busca de anticoncepción de emergencia.

Kera se propuso revisar los expedientes para comprobar cuántos chicos de Kincaid habían acudido la clínica en el último semestre y cuántos habían dicho que practicaban el sexo sin protección. Quizá tuviera que llamar a la escuela y averiguar qué clases de educación sexual ofrecía, en el caso de que dispusiera de ellas. Si la administración del centro lo autorizaba, quizá debiera desarrollar allí algún programa de divulgación y asistencia social. Aunque los adolescentes piensen que están preparados para tener relaciones sexuales, para lo que no lo están en absoluto preparados es para ser padres. Y nadie está preparado nunca para descubrir que es seropositivo.

—¿Eres consciente de que el VIH se transmite por contacto sexual? —preguntó Kera, esperando más ojos en blanco por toda respuesta.

En cambio, a Jessie parecieron bajársele los humos y se pasó un buen rato mirándose las uñas. Cuando por fin alzó la vista, tenía esa misma expresión que Kera solía ver en el rostro de su hijo cuando quería contarle algo pero no se atrevía. Impulsivamente, Kera se sacó del bolsillo de la chaqueta una tarjeta de visita profesional y anotó en el re-

verso su correo electrónico personal y el número de su teléfono móvil.

—Aquí tienes mis datos personales de contacto. Puedes mandarme un correo electrónico si tienes alguna pregunta o inquietud que no te sientas capaz de discutir cara a cara.

Jessie cogió la tarjeta y apartó la vista apresuradamente.

—Me gustaría hablar contigo de métodos anticonceptivos —Kera le tendió un panfleto que tomó del expositor de material educativo que había en la pared.

—No puedo —dijo Jessie, sacudiendo la cabeza—. No tiene ni idea de cómo son las cosas en nuestra iglesia. Si mi madre llegara a encontrar las píldoras, mi vida se vendría abajo —su angustia era palpable.

—No tienen por qué ser píldoras, hay otros...

Pero la muchacha se puso en pie de un salto y cogió su mochila:

—Tengo que irme. Gracias por la medicina.

—¡Espera! —la llamó Kera.

Pero Jessie ya había abierto la puerta y salido al pasillo, agitando su rubia cabellera. Decepcionada por su fracaso, Kera terminó de anotar sus observaciones en la ficha de Jessie. La chica quizá volviera. Kera cerró el expediente de papel manila y se levantó del taburete. Cuando se dirigía a la puerta, advirtió un minúsculo teléfono móvil de color rosa encima de la camilla, junto al rechazado panfleto sobre control de natalidad. Se lo debía de haber dejado Jessie.

Kera cogió el teléfono y se dirigió a la parte delantera del edificio, con la esperanza de dar alcance a Jessie en el mostrador de entrada. Giró a la izquierda en el centro del edificio, donde los dos corredores principales se cruzaban bajo una gigantesca claraboya.

El personal de la clínica se había trasladado al nuevo edificio hacía pocos meses y a Kera le encantaba todo. Las paredes de color amarillo cremoso estaban recién pintadas,

las superficies de acero inoxidable brillaban y aún no había nada arañado ni deslustrado. Por contraste con los cobertizos metálicos y las chozas de barro en las que había trabajado durante sus años en África con la Cruz Roja Internacional, este inmueble era un sueño. Y en comparación con el caos y la angustia de los años que había pasado trabajando en urgencias, el tiempo que pasaba en la clínica parecía libre de todo agobio.

Junto a la entrada, el pasillo se abría a la izquierda a una pequeña zona de recepción en la que la luz del día se filtraba a través de dos ventanales opacos que se alargaban del suelo al techo. Justo enfrente estaba la entrada del edificio, un pequeño vestíbulo rodeado de plexiglás con una cámara y una puerta de comunicación cerrada. Nadie entraba sin informar a la recepcionista de su nombre y el motivo de su visita a la clínica. La seguridad era la prioridad máxima. Al otro lado de la pared de la derecha se hallaba el área quirúrgica, donde dos médicos que no pertenecían a la plantilla practicaban abortos los martes y los viernes por la mañana.

En la calle, al otro lado de la pradera, un grupito de manifestantes se apiñaba en la acera. Esa mañana, al llegar corriendo al trabajo, Kera había llegado a contar siete. Ya estaban dejando sus carteles en el suelo, preparándose para irse. Como un reloj, aparecían todos los martes y viernes antes de que dieran las siete con pancartas en las que se leían cosas como «Elige la vida» y «No asesines a tu bebé». El grupo estaba compuesto por mujeres, pero alguna que otra vez se les unía un señor. Kera había acabado por conocer a dos de las manifestantes que acudían todas las semanas: una joven de unos veinte años que parecía medio muerta de hambre y siempre vestía de rojo —un símbolo de la sangre, pensó Kera— y una señora menuda con pelo muy corto que solía esgrimir una Biblia además de su pancarta casera. Por la mañana temprano, los antiabortistas da-

ban voces, gritando «Podemos ayudarte», esperando atraer la atención de las mujeres que entraban a la clínica.

Aquella jornada ya habían dado por terminadas sus actividades. Los manifestantes iban camino de sus coches y la clínica estaba inusualmente tranquila. Dos madres jóvenes, con sus bebés a las caderas, se hallaban frente al mostrador, donde Roselyn, la joven recepcionista hispana, escrutaba en silencio la pantalla del ordenador, buscando algún dato. Otra joven esperaba sentada en una silla junto a los ventanales de la entrada. Jessie debía de haberse marchado a todo correr.

Cuando Kera se dio la vuelta para colocar la ficha de Jessie en la bandeja de historiales médicos, un estruendo horrísono sacudió el edificio y los cristales de las ventanas delanteras saltaron hechos añicos. Aturdida por la explosión, Kera trastabilló y se cayó al suelo. Al caer, se golpeó la cabeza contra el mostrador de la recepción y su mundo se sumió en la oscuridad durante todo un minuto.

CAPÍTULO DOS

Martes, 19 de octubre, 9:45 a.m.

La despertaron el llanto de los bebés y la peste a azufre de la pólvora quemada. La sien derecha de Kera latía dolorosamente, pero no le prestó atención alguna. Se incorporó con esfuerzo, sintió una fresca brisa otoñal barrer el vestíbulo y se notó de pronto tan mareada que tuvo que volver a tumbarse. ¿Qué demonios había pasado?

Pisadas a la carrera resonaron pasillo abajo. El sonido era sordo, el suave golpeteo de calzado de trabajo. Solo los zapatos de tacón de la directora hicieron un ruido entrecortado al acercarse. De telón de fondo, los bebés seguían llorando.

—Kera, ¿estás herida? —Sheila Brentwood se había arrodillado a su lado, aunque su voz sonaba muy lejana. Manos con aroma a espliego tocaron la frente de Kera.

—No lo sé —su propia voz también le parecía distante —, creo que me he dado un golpe en la cabeza.

—Así es —Sheila se volvió a alguien y dijo—: Traedme gasas y un poco de hielo.

—¿Ha avisado alguien a emergencias?

—Voy a hacerlo ahora mismo.

Las voces alteradas se entremezclaban y alguien entró corriendo desde la zona de la recepción: «Hay una paciente herida».

Kera deseaba desesperadamente incorporarse y correr a auxiliar a la herida, pero sabía que aún no estaba en condiciones.

—¿Estoy sangrando? —la bruma que había entrado en su mente había empezado a despejarse, pero aún le dolía la sien.

—Solo un poco.

Sheila aún conservaba el talante propio de una enfermera, pero con su chaqueta negra y su pelo castaño recogido en un moño, tenía todo el aspecto de la administradora en que se había convertido.

—¿Ha sido una bomba? —preguntó Kera.

—Hizo saltar las ventanas delanteras —Andrea, la gerente de la clínica, apretaba una gasa contra la frente de Kera. Los rasgos japoneses perfectamente armoniosos de Andrea reflejaban preocupación por primera vez desde que Kera la conociera. Alzó una mano y trató de apartar la de Andrea.

—Estoy bien, ve a ayudar a los demás.

—Solo hay una joven herida y Janine y Julie ya están con ella.

—¿Es grave?

—Tiene un trozo de cristal de unos siete a ocho centímetros clavado en el cuello —Andrea hablaba en voz baja, pero su articulación era siempre perfecta.

Se oyeron sirenas a lo lejos. Sheila y Andrea compartieron un suspiro de alivio colectivo, mientras Kera deseaba con todas sus fuerzas que su joven paciente se aferrara a la vida. Si la chica conseguía aguantar hasta llegar a urgencias, los médicos la salvarían. Kera había sido testigo de ese milagro muchas veces.

Se estremeció al pensar en cuántas víctimas habrían habido si en vez de una tranquila mañana de martes, hubiese sido una ajetreada tarde de viernes. ¿Quién podía haber hecho una cosa tan horrible? ¿Qué pretendía con aquello?